



Adolescencia y juventud: reposicionamientos teóricos

Recibido: 03.06.18
Aprobado: 29.10.18

Maritza Urteaga Castro-Pozo
Posgrado en Antropología Social
Escuela Nacional de Antropología e Historia, México.
maritza.urteaga@gmail.com

RESUMEN

Entre finales del siglo XIX y los albores del XX, el conocimiento científico sobre los jóvenes se acentuó bajo la tríada teórica «biológica-médica-psicológica» y marcó un escenario importante para la disputa entre posturas epistémicas diferentes, las cuales manifestaron representaciones divergentes del término juventud y adolescencia. Si bien ambos términos siguen usándose indistintamente, son conceptos que provienen de dos formas de mirar a los jóvenes y proponen abordajes e interpretaciones distintas a sus problemáticas. El objetivo del texto es marcar la trayectoria divergente de ambos conceptos, rastrear su genealogía e ingresar al régimen de verdad que sustenta las representaciones, prácticas institucionales y el sentido común de la población hacia los jóvenes del siglo XXI. Se discuten los problemas que estas nociones plantean al registro e interpretación de las conductas juveniles contemporáneas frente al último gran cambio en el régimen de referencia social y se exponen dos casos de estudio de segmentos de la juventud mexicana para ilustrar las dificultades y las posibles salidas teóricas al impasse actual entre teoría y realidad.

PALABRAS CLAVE: adolescencia; juventud; adultez; desontologización; juventud mexicana.

Adolescence and youth: theoretical repositionings

ABSTRACT

Between the end of the 19th century and a large part of the 20th century, scientific knowledge about young people was based on the theoretical triad «biological-medical-psychological», it is one of the most important scenarios in the construction of youth and is a field of dispute between different epistemic postures. Although youth and adolescence continue to be used indistinctly, they are divergent concepts since they come from two ways of looking at young people and propose different approaches and interpretations from their problems. The objective of the text is to mark the divergent trajectory of both concepts, to trace their genealogy and to enter the regime of truth that sustains the representations, institutional practices and the common sense of the population towards the youth of the 21st century. We discuss the problems that these notions pose to the recording and interpretation of contemporary youth behaviors in the face of the last great change in the social reference regime and two case studies of segments of Mexican youth are presented to illustrate the difficulties and the possible theoretical solutions to the current impasse between theory and reality.

KEYWORDS: Adolescence; Youth; Adulthood; deontologization; Mexican Youth.

Ser «joven» y «juventud» son nociones relativamente recientes si consideramos que el proceso de construcción del sujeto joven tiene más de un siglo.

La idea que hoy tenemos de juventud no es la misma que se tuvo en otros momentos de la historia. Lo que ha sucedido es que se ha conformado a través del tiempo; en contextos concretos donde se gestaron las *condiciones sociales* que permitieron el surgimiento de una realidad empírica diferenciada de la niñez y la adultez y ciertas «ideas» que dieron cuenta de ella. Entre las ideas circulantes sobre el sujeto joven —*imágenes y representaciones sociales* de la sociedad adulta y de los propios jóvenes—, los *discursos científicos gestados en las escuelas teóricas occidentales* han jugado un papel definitivo en su construcción (Urteaga, 2009).

El texto está dividido en cinco partes y tiene como objetivo marcar la trayectoria divergente de los conceptos *juventud* y *adolescencia*, rastrear su genealogía e ingresar al régimen de verdad que sustenta las representaciones, prácticas institucionales y el sentido común de la población hacia los jóvenes del siglo XXI. Se discuten los problemas que estas nociones plantean al registro e interpretación de las conductas juveniles contemporáneas frente al último gran cambio en el régimen de referencia social y se exponen dos casos de estudio sobre ciertos segmentos de la juventud mexicana para ilustrar las dificultades, como las posibles salidas teóricas a este impasse entre teoría y realidad. Para ello se someterán a revisión crítica los términos *juventud* y *adolescencia* en el marco de una disputa conceptual importante para los momentos actuales, cuando los jóvenes tienen un papel protagónico en la redefinición de la sociedad mexicana contemporánea y los conceptos con que se les estudia impiden su revaloración como sujetos sociales y agentes comprometidos con su entorno social y cultural.

1. La raíz biológica-médico-psicológica de la juventud: la «adolescencia»

El estudio científico sobre las representaciones de juventud y adolescencia no sólo se encuentra vinculado a los orígenes de ambos términos —el de *adolescencia* emerge a finales del siglo XIX y el de *juventud* corresponde al siglo XX—. También al discurrir históri-

co de ambos, a su penetración en el sentido común su transformación en representaciones pasivas sobre la juventud y su consiguiente uso a manera de lentes de lectura de lo juvenil durante el siglo XX.

Si bien la juventud tiene una base biológica que implica el desarrollo sexual y corporal que se refleja a través de cambios fisiológicos, esto sólo es una puerta de entrada a las diferentes maneras como las sociedades construyen las juventudes y cualquier otra categoría etaria. Visto el concepto desde una perspectiva sociocultural, es la percepción social de los cambios biológicos y sus repercusiones para la comunidad y sociedad. Persistir en acercarnos a los jóvenes en su acepción de adolescentes —vinculados a procesos hormonales y psicológicos de identidad y sin sustento sociocultural alguno—, enrarece el entendimiento de los jóvenes contemporáneos y evita el cambio de la relación de poder asimétrica entre jóvenes y adultos.

La construcción del concepto de adolescencia es parte de un largo proceso intelectual y de la atmósfera científica de época. En el pensamiento científico del siglo XVIII, las ideas evolucionistas de la biología de Darwin y Spencer sobre el origen de la vida se abrían paso, mientras simultáneamente eran discutidas algunas premisas del movimiento romántico alemán. Juan Jacobo Rousseau inventó la adolescencia en su obra *Emilio o la educación* (1762). A partir de esta idea Urteaga (2009) menciona al autor y afirma que:

Dos vertientes del pensamiento respecto de la adolescencia influirán profundamente el pensamiento científico sobre juventud que predominó durante gran parte del siglo XX: *la vertiente psicológica* —sustentada en una visión biológica y médica—; y *la vertiente social* —fundada en una visión institucional de la sociedad—. *La vertiente psicológica* rescatará de Rousseau la concepción de la adolescencia como segundo nacimiento, como *estadio* o período de la existencia que señalaría *el paso del estado de naturaleza al de la cultura* y como momento turbulento y crítico en el desarrollo del individuo (p.14).

Cualidades de esta época dieron paso a la reflexión sobre el sentido social, sentimientos emotivos como el amor y la amistad, la conciencia, etcétera., y marcaron la contraposición de ideas como «el perverso y despiadado mundo adulto», acreditando la necesidad de *segregar* a los jóvenes del mismo.

La concepción de Rousseau se extiende en el mundo intelectual y social y consolida en el último



tercio del siglo XIX, debido a que anteriormente no se hablaba cabalmente de la categoría adolescente, sino de niños o adultos. Asimismo, juventud era entendida como una cualidad aludida a «mozo» o «muchacho de pocos años», relacionado más con la vejez y no con la propia madurez del individuo.

El referente de la palabra juventud, era concebido como una *etapa* entre la infancia y el paso a la vida adulta. Para las sociedades pre modernas, figuraba en el sentido de *cualidad* o *estado* perteneciente a los seres vivos de limitada edad (particularmente a los animales). Sin embargo, después de la contribución del pensamiento spenceriano y darwinista, a mediados del siglo XIX, la reflexión se manifestó a una *etapa asociada al término juventud*.

La legitimación científica de la adolescencia se logrará con la obra de Stanley Hall (1915) *Adolescence: Its Psychology, and its Relations to Physiology, Anthropology, Sociology, Sex, Crime, Religion and Education*, en la que desarrolla la «psicología de la adolescencia» como fenómeno en sí mismo. Hall reelabora las ideas de Rousseau a la luz de la biología postdarwiniana, la filosofía evolucionista y el movimiento romántico alemán y produce la «teoría psicológica de la recapitulación»¹, según la cual la estructura genética de la *personalidad*, en el transcurso de su desarrollo, atraviesa *etapas* que corresponden a aquellas que se dieron en la historia de la especie humana. La adolescencia correspondía a una etapa prehistórica de «turbulencia y transición», *sturm und drang*, dominada por las fuerzas del instinto que, para calmarse, requerían de un período largo durante el cual los jóvenes no debían ser obligados a comportarse como adultos por hallarse en un período intermedio entre la barbarie y la civilización (Urteaga, 2009, p. 14).

En el marco de esa propuesta, «la base fisiológica o biológica («natural») de la *turbulencia emocional* y las *características psíquicas asociadas a los cambios corporales* son atribuidas esencialmente a la adolescencia. Al postular la naturalidad de la adolescencia como *etapa de moratoria social y de crisis previa a la vida adulta*», Hall influye positivamente en los adultos al convencerlos de la necesidad de dejar que los

«jóvenes fueran jóvenes»; aunque, también los convence de que *los jóvenes eran seres incompletos y nada confiables* (por su natural inestabilidad emocional) y de la necesidad de asegurar su transición a la *cultura /civilización o completud social/adulthood* mediante la *educación, represión y control de los instintos sexuales* (Feixa, 1998; Cruz Santacruz, 2005; Urteaga, 2011).

De lo anterior, surge la teoría normativa referente a la adolescencia considerada *etapa universal* del desarrollo mental y biológico, en donde los entramados culturales y sociales de emergencia del fenómeno son desplazados a un lugar secundario.

2. La vertiente social y su articulación con la psicología de época: teorías de la transición a la adultez definen la juventud

La *vertiente social* de Rousseau es desarrollada por Durkheim articulando *socialización - educación - adolescencia*.

Proceso al que define como la acción de los adultos sobre los jóvenes para que éstos dejen «su ser social y egoísta» y se genere «un ser capaz de llevar una vida moral y social», el cual sirve como punto de partida para construir una visión de la juventud separada de la familia y colocada en la escuela o en cualquier otra institución de la sociedad moderna (Urteaga, 2009, p.14).

Al respecto, Pérez (2008), afirma que «La operación encierro de la juventud forma parte de la institucionalización del curso de la vida que consigna a los jóvenes a una institución que los forma, moldea y agrupa en un espacio definido debido a su inmadurez» (citado en Urteaga, 2009). En la cual, se percata de dos visiones sobre los jóvenes; la primera, una amenaza en donde son propiamente «malos»; la segunda, considerados un foco de optimismo y esperanza (con buena voluntad) aunque se siguen apreciando como vulnerables. Esta proposición normativa entre 1900 y 1950 fue inherente del discurso popular con respecto de la juventud europea en esos años. Dualidad que legitimó la protección estatal, la intervención y el control social sobre los jóvenes.

La institucionalización de la juventud es legitimada como universal desde el conocimiento científico que, apoyado en las instituciones, *normaliza y normativiza* el proceder del comportamiento de los

1 La cual estuvo fundamentada en la propuesta teórica del naturalista alemán Ernst Haeckel (1834-1919) conocida también «ley biogenética». Poco tiempo después, otros científicos demostraron que esta teoría era completamente falsa, aunque sirvió de base en el desarrollo de teorías que fueron pilares del conocimiento en el siglo XX.

jóvenes. En el cual, tienen el «deber» de transitar por una asociación de etapas con la responsabilidad de cometidos a cumplir de forma oportuna. Esto con la finalidad de concretar su desarrollo y tener factibilidad de convertirse en adultos maduros «normales».

Epistemológicamente este salto es una conversión de las teorías del desarrollo humano —de raíz psicológica— en categorías analíticas de la identidad social y el desarrollo de los procesos juveniles. Estas concepciones categóricas «han tenido un papel central en la creación de marcos estandarizantes por medio de los cuales los adultos pueden definir qué individuos son normales y qué individuos necesitan algún tipo de intervención para normalizarlos» (Urteaga, 2012, p.10). El nexo conceptual *desarrollo y adolescencia* logra equivaler los procesos del desarrollo físico y comportamientos derivados de rasgos psíquicos o patrones que corresponden a una identidad social definida que cumple con categorías particulares de edad.

Desde esta perspectiva, se considera a la juventud como estática y de carácter ahistórico. Revela prototipos universales en donde se fijan conductas, actitudes y estilos del referente como la norma masculina, blanca y de clase media estadounidense. La cual, deja a un lado la pluralidad juvenil y los lazos entre adultos y jóvenes, así como entre grupos de jóvenes. El siguiente cuadro resume lo anterior:

| Adolescentes = Jóvenes | Adultos |
|------------------------|-----------------------|
| No adulto | Adulto |
| En proceso de... | Ser (logrado) |
| Yo presocial | Identidad fija |
| Sin poder y vulnerable | Con poder y fuerte |
| Irresponsable | Responsable |
| Dependiente | Independiente |
| Ignorante | Conocedor |
| Conductas riesgosas | Comportamiento seguro |
| Rebelde | Conformista |
| No autónomo | Autónomo |

Fuente: Wyn y White (1997:12)

El siguiente salto es cuando estas perspectivas teóricas al objeto juventud se funden en un concepto construido desde la sociología con enorme aceptación en el siglo xx: es una etapa de transición que establece un conocimiento unilateral limitado sobre el curso

de la vida hacia la adultez. La «transición» aludiría a que la gente joven se desplaza hacia la vida adulta, sobrentendiendo que la adultez es un status claramente definido, con marcas fijas que indican exactamente cuándo se ha cumplido el «proceso de maduración» (Urteaga, 2012, pp. 10-11). Estas transiciones hacen alusión a significaciones como proyectos de vida en donde juegan un papel importante situaciones como tener hijos, terminar la escuela, casarse, obtener un empleo o dejar el hogar paterno. La centralidad de la obtención de un trabajo para obtener autonomía y pasar al status adulto y por tanto (re) integrarse a la sociedad mayor, fue fundamental en la concepción moderna de juventud. En esta concepción el presente de los jóvenes y sus experimentaciones es sacrificado en aras del futuro proyectado, ser adulto. El o la joven no existen en sí mismos, su vida no existe sino en función de negarse así mismo en el ahora y «aparecer» —luego de las transiciones decididas por otros— como adulto.

Erik Erikson (1974) flexibiliza la definición de moratoria social como *moratoria psicosocial en el desarrollo psicológico humano* y la coloca en la etapa juvenil. Al respecto menciona que «el lapso concedido para experimentar con una gama de posibilidades es un tiempo de ensayo y error que permite probar diversos roles que facilitarían la paulatina integración de los componentes de identidad final que estructuran 'al joven'» (citado de Urteaga, 2012, p. 11). Sin embargo, el estudio es limitado debido a que los jóvenes están segregados de acciones consideradas fundamentales para la sociedad, y el aparato institucional fortalece su dependencia de las instituciones adultas y aplaza su participación. Gerard Lutte (1992) observa atinadamente que «nunca se ha probado que los privilegios de la adolescencia requieran de un período de marginación y privación de responsabilidades adultas». En ese mismo tenor Martín Barbero (1998) señala que «durante siglos, ser joven se identificó como la negación de la responsabilidad y la productividad». Lutte y Bourdieu (1990), observan que en las sociedades en donde existen claras jerarquías, especializaciones del trabajo y diferencias socio económicas, la adolescencia es una fase de marginación que deriva de las estructuras sociales fundadas en la desigualdad.

Investigadores de las trayectorias de los jóvenes observan que hay mucho mayor complejidad en estos procesos contemporáneos, y que no es útil denotar



a la juventud como una etapa de transición hacia la vida adulta. Debido a que se trata no solamente de cierta temporalidad, existen elementos que pautan diferencias y desigualdades; hombres y mujeres, diversidad de regiones, poblaciones (rural o urbano), etcétera. La juventud como período de transición hacia la adultez tuvo sentido únicamente en relación a ciertas condiciones sociales, económicas y políticas específicas, que se dieron fugazmente durante la mitad del siglo xx y que fueron conocidas como *Estado de bienestar*, masificación de la escolaridad y emergencia de un mercado adolescente.

Otras vertientes de las teorías del desarrollo conciben los *esquemas normalizantes*, los cuales, entran al escenario a partir de la percepción sobre los jóvenes como potenciales víctimas de violencia o la degradación, otra cara de la *impulsividad y violencia*, atribuidas a los adolescentes por Stanley Hall. Los *esquemas normalizantes* actúan bajo instituciones a través de programas específicos en campañas públicas donde se alarma a la sociedad y tratan de «componer» los desvíos de la norma. Atributos transformados en *el problema de los jóvenes*, afrontados por las instituciones modernas con la creación de diversas instancias de control, sistemas de justicia y prisiones específicas para jóvenes. La «desviación» de algunos jóvenes es considerada una «patología» a reformar con rehabilitación individual —visión psicomédica y moralizante que a su vez creaba soluciones de igual medida—. En *Vigilar y castigar*, Foucault (1976) identifica que al definir la juventud como categoría social, ésta se volvió socialmente problemática y sus estudios se focalizaron en «la desviación» y los «problemas de los jóvenes» que requirieron «intervenciones programáticas». «Variantes contemporáneas de la percepción de los 'jóvenes como problema' son las concepciones de 'jóvenes en riesgo' y 'jóvenes vulnerables'» (Urteaga, 2012, p. 11). En condiciones de vulnerabilidad y riesgo por escenarios que incluyen una desestabilidad en sus etapas de adolescencia o fracaso escolar y su inclinación a convertirse en posibles delinquentes. Sin embargo, en la actualidad se emplaza en la «zona de vulnerabilidad y de riesgo» sólo a los jóvenes cuyos procesos de hacerse adultos son afectados por «certain influencias» que impiden su desarrollo «normal».

En México, la percepción de la juventud como problema está vinculado a la creación y/o desarrollo

de una amplia variedad de instituciones controladoras y modos de estandarización de acuerdo a los patrones dominantes de lo que deben ser los jóvenes. A mediados de los años 60, el «problema de la farmacodependencia» conlleva a la edificación de instituciones (Instituto Mexicano de Psiquiatría y Centros de Integración Juvenil) y creación de discursos, prácticas profesionales y normatividad desde el poder médico psiquiátrico. Uno de los problemas en cuanto al uso institucional de las representaciones sociales sobre la juventud mexicana es que homogeniza la diversidad de situaciones, prácticas y estilos de vida con que los jóvenes viven y construyen sus relaciones con las épocas, grupos de edad, usuarios y espacios. ¿Cómo se construyen actualmente las imágenes sociales de los jóvenes en el uso social de drogas? Nateras (1998) sostiene que desde la racionalidad científica se hace uso de las etiquetas o estereotipos como «desintegrados, desadaptados, enfermos y disfuncionales», las cuales no favorecen la comprensión de las conductas o comportamientos juveniles.

La antropología ha jugado un papel menor, aunque no menos importante en la definición de lo juvenil durante el siglo xx, sin embargo, la mayoría de los estudios antropológicos que tocan el tema juvenil (generalmente bajo el término adolescencia) revelan el fuerte impacto de las teorías psicológicas del desarrollo humano y la socialización (Urteaga, 2012).

El interés por los infancia y la adolescencia puede rastrearse en los trabajos de antropólogos de la escuela Cultura y Personalidad como Ruth Benedict (2008 [1935]) y Margaret Mead (1979 [1928]) (Urteaga, 2012). Si bien Mead desafía la concepción de la adolescencia como universal de la cultura y demuestra en Samoa que niños y niñas tenían un tránsito distinto a su adultez, las dos parten de la idea sobre socialización entendida como el acontecer del conocimiento y las propiedades culturales que le son transferidos de los adultos a los infantes en su etapa de transformación. Esto desde la perspectiva del desarrollo humano al abordar su transformación de adultos maduros en el paso del tiempo.

Virginia Caputo (1995) critica esa perspectiva en tanto presenta niños incompletos que requieren pasar progresivamente por estadios para obtener la completud y racionalidad atribuida sólo a los miembros adultos (p. 23).

3. Giros epistemológicos y emergencia de las juventudes

La entrada de las sociologías interpretativas —emergentes entre 1950 y 1960— dio importancia al contexto y la adquisición de los significados por actores sociales creativos, permitiendo a los niños y jóvenes un rol más activo en la constitución de la sociedad humana (Urteaga, 2012, p.12). El interés por la agencia de los niños y la delimitación de la infancia como un tipo de realidad social particular, influye en quienes investigaban la juventud permitiendo la transformación del paradigma de su estudio y una ampliación del término juventud a juventudes. Así, se da cuenta que las sociedades no definen ni demarcan de la misma manera quién o qué es joven, y su construcción es resultado de un largo proceso sociocultural a través del cual se fueron erigiendo una serie de condiciones sociales e imágenes culturales que permitieron la creación de ciertas instituciones específicas para su juventud —por ejemplo, en occidente el sistema escolar o la negación del empleo entre niños menores de 14 años, esto es, un conjunto de normas que prescriben y prohíben sancionando ciertos comportamientos, espacios para la recreación y castigo, etc.—. Tanto condiciones como imágenes culturales de y sobre los jóvenes cambian de una sociedad a otra, por cuestiones de generación diferentes, géneros distintos y regiones disímiles.

Las consecuencias de las transformaciones poscoloniales, pos guerra fría, entrada de las tecnologías informáticas y el reordenamiento del capitalismo bajo su forma neoliberal, son debatidas por la antropología con estudios de caso realizados en diferentes áreas del mundo, como Latinoamérica, Asia, África y Europa. Entre otras consecuencias están las dislocaciones y desplazamientos (migraciones y flujos humanos, movilizaciones de roles) de sus poblaciones y generaciones más jóvenes. La «salida del lugar de los jóvenes» manifiesta en las olas migratorias del segmento más joven del campo (incluidos los pueblos étnicos en todo el mundo) y de las urbes locales y nacionales (trabajadores y sectores calificados de clase media) hacia los centros de poder y hacia las (actuales) ciudades mundializadas, subvierte los conceptos que sustentaban la *supuesta* rigidez e inmovilidad del sujeto joven —sustentada en los roles que los adultos e instituciones del siglo xx asignaron a la juventud.

Los desplazamientos del sujeto joven son registrados desde estudios etnográficos que fueron recuperados desde sitios diversos, descentrados y elaborados en conjunto con antropólogos y sujetos de estudio.

Estos estudios revelan que los y las jóvenes están participando de manera activa en la transformación acelerada de las imágenes que crean de sí mismos —con rituales propios de acceso a la condición juvenil y en la delimitación actual de sus pasajes a la adultez—. Son los jóvenes, de alguna manera y por ciertas circunstancias históricas, los protagonistas del cambio/destrucción de las condiciones sociales que inventaron la juventud del siglo xx así como de la creación de nuevas condiciones de juventud, de novedosas formas de ser joven y de la contemporaneidad.

En las ciencias sociales se hace un llamado a apresurar el cambio de conceptos *de adolescencia al de juventud*, porque el término adolescencia en sí mismo conecta y contrasta, tanto social como etimológicamente, con la adultez (Urteaga, 2012). *Adultum* es el participio pasado del verbo latino *adolescere* «crecer». El sentido de crecer, transición e incompletud, está históricamente contenido en «adolescente», mientras que «adulto» implica culminar y estar completo. No es cuestión de que el uso de alguno de los términos proporcione resultados, pues el trabajo en la *agencia* de la gente joven y su creatividad puede ir bajo la etiqueta de adolescencia, y la investigación por sí misma puede darse como un estudio de juventud. La preocupación es conceptual y metodológica, no de términos; cabe destacar que el hacer uso de uno u otro concepto es una elección epistémica e implica acercamientos y abordajes muy distintos a los jóvenes reales.

La investigación sobre la adolescencia se centra en exponer cómo las mentes se forman y se desarrolla el cuerpo para la adultez, los estudios de juventud «enfatan *el aquí y el ahora* de las experiencias de la gente joven, esto es, las prácticas sociales y culturales a través de las cuales moldean su mundo» (Urteaga, 2012, p.12). Y allí donde los estudios de la adolescencia se emplazan en relación a la adultez, la categoría de juventud es situada en contextos de relación con sus pares generacionales y con temporalidades etarias distintas a ella como la niñez y la vejez además de la adultez. Desde estas miradas, Urteaga (2012) menciona que:



la juventud no se considera ni edad ni trayectoria, sino identidad, la cual no invoca ni la formulación psicológica de la adolescencia como búsqueda prolongada de la identidad, ni el rígido ni esencializado concepto de identidad que ha sido objeto de críticas recientes. En su lugar, la identidad es agenciada, flexible y siempre cambiante, pero no más para la juventud de lo que es para el resto de las personas de cualquier edad (p. 12).

Actualmente, «se trabaja y plantea un concepto sociocultural de juventud que permita acercarse y priorizar como ángulo de mira un actor juvenil altamente complejo y diverso en sus prácticas y percepciones sobre la vida» (Urteaga, 2009, p. 6). Durham (2000) aplica el concepto *indexical* de Jakobson a la categoría de juventud. Como déctico que vincula al hablante con un contexto relacional, remite generalmente a relaciones expresadas en alteridades etarias asimétricas y de poder. Desde esa perspectiva, juventud indica / presupone «algún contexto» o remite a la existencia de entramados socioculturales en los que se usa y se experimenta. Para Valenzuela (2009) «Juventud, en ese sentido, es un concepto relacional y vacío fuera de algún contexto histórico y sociocultural» (citado en Urteaga, 2009, p. 6). El contexto es el que le otorga rostro, debido a que el significado depende de cuál es la situación en donde se utiliza y de quién se trate. Su función referencial no puede ser determinada *apriori*, juventud apunta a entramados y segmentaciones como política, generación, sexualidad, etnia, región, nacionalidad, migración, moda, género, rural, global, gustos musicales, etcétera, y sólo es a través de estos contextos que pueden adquirir una significación particular. Simultáneamente tiene la posibilidad de invocar o crear otro tipo de entramados culturales. Es por eso que ahora se opte por el término *juventudes*, pues se acerca con mayor precisión a referentes múltiples en donde la realidad construye a los jóvenes y los jóvenes a la realidad.

4.1. Juventud como posicionamiento y como dimensión estructurante de la práctica social: Jóvenes mexicanos contemporáneos

Los jóvenes mexicanos del nuevo milenio tienen como primera matriz de auto reconocimiento el identificador «joven»; la categoría social «jóvenes» no

solo opera como forma de clasificación de la sociedad hacia los individuos que la componen, sino que los propios jóvenes han construido un referente importante para la configuración de su identidad como actores sociales (IMJ-ENJ, 2002, p. 275).

Desde el fin del siglo pasado, las investigaciones sobre la juventud dan cuenta de la inserción de México en los procesos de globalización dirigidos por políticas de corte neoliberal, del quiebre del modelo de desarrollo capitalista del siglo xx, de las profundas transformaciones en las instituciones modernas que produjeron a los jóvenes, acompañadas por la transición democrática y un cambio en el sistema de referencia social. Se indica la profundización de las desigualdades sociales (aumento de una desigual segmentación de la comunidad juvenil) así como la admisión de la informalidad, desafección social de las nuevas generaciones, el crimen organizado, el narcotráfico al tejido sociocultural convertidos además en viables estilos de vida para niños y jóvenes.

Desde los diferentes contextos socioculturales, los jóvenes mexicanos viven desigualdades relacionadas con la falta de acceso a la educación, desnutrición, desempleo, inoportunidad de participación y esparcimiento, privación de la tecnología, carencia de servicios de salud, etcétera. Las historias de vida de los jóvenes se ven reflejadas en las cifras de la ENJ 2005, en donde se expone que existe una población juvenil inmersa en un empobrecimiento profundo (Valdez, 2009) y en la *precariedad*: caída del valor del trabajo, de la educación y pérdida de la seguridad social. Los diagnósticos sobre la juventud mexicana (IMJ 2002; IMJ 2006) revelan el panorama alarmante de jóvenes inmersos en inequidad y desigualdad, mientras tratan de hacer frente a opciones institucionales que permitan a los jóvenes un escenario con procesos de autonomía.

Las sucesivas crisis estructurales han afectado a la población generando dos juventudes mexicanas: la primera denominada «desigual y desconectada» que casi no posee acceso a garantías individuales, servicios de salud, es informalizada, donde sus reclamos son principalmente de bienestar y justicia social. La segunda denominada «bien ubicada» la cual si tiene acceso a servicios esenciales como la salud, la educación y el empleo.

Si bien Beck menciona que (1999) proponemos nombrar a la primera «hijos de la necesidad» y a la

segunda como «hijos de la libertad» (Urteaga, 2010), para mostrar múltiples escenarios sociales en los que los jóvenes se desenvuelven y reconstruyen sus vidas. El primer escenario se constituye a partir de una «espiral de *descapitalizaciones*, de acumulación de desventajas materiales y simbólicas —en los capitales cognitivo, escolar y de destrezas, en el social y el político— una inmensa mayoría de los jóvenes del país (Reguillo, 2010, pp. 398-399). El otro escenario, si bien constituido por una minoría, se conforma de:

sectores y segmentos de jóvenes «muy (o medianamente) capitalizados» que, al contrario de lo que está pasándole a la gran mayoría, están aprovechando las posibilidades laborales, tecnológicas, culturales y económicas que estas transformaciones —lideradas por los programas económicos neoliberales y el cambio tecnológico—, les abren para posicionarse de otra manera en sus medios sociales juveniles y profesionales (Urteaga, 2012, p. 27).

Simultáneamente, se viven procesos de descomposición socio políticos: fraudes electorales, corrupción de los poderes político, policíaco, judicial y militar por parte del crimen, el narcotráfico y los poderosos. Impunidad para personas con cargos de la esfera política y militar que cometen ilícitos, persecución y muerte a activistas; nepotismo, alianzas de poderes estatales con las redes informales e ilegales de contrabando y piratería, de drogas, y otras degradaciones de lo político. Este panorama ha gestado una *crisis de credibilidad* en el vínculo de los jóvenes con las figuras adultas de autoridad. Los y las jóvenes manifiestan un rechazo rotundo a los partidos políticos, a la policía judicial, a los diputados federales y a los jueces (ENJ 2000 y 2005). Valenzuela (2009, pp. 149-150) destaca que «no existe una diferenciación importante entre un narco y un policía judicial, pues se han desdibujado los referentes morales entre ‘los buenos’ y ‘los malos’».

Más de dos décadas de pérdida de legitimidad de los gobiernos y autoridades produce conductas contrastantes entre los jóvenes. Una, desencanto, desesperanza, indiferencia, vacío y crisis de sentido de la vida pública (Valenzuela, 2009; García Canclini, 2010); dos, una mayor iniciativa y capacidad para organizar y diseñar sus vidas, así como un activo involucramiento juvenil en la reconfiguración socio cul-

tural de la sociedad mexicana actual (Urteaga, 2010, 2012 y García Canclini, 2010). Jóvenes con mayor iniciativa para configurar sus vidas se encuentran entre los hijos de la libertad como entre los de la necesidad. Ellos(as), «hacen uso de los recursos que sus nuevos marcos referenciales les ofertan y aprovechan algunas estructuras sociales (tradicionales y emergentes, formales o informales y/o ilegales) para posicionarse en nuevos nichos de oportunidad ofrecidos por la reconfiguración del neocapitalismo» (González y Feixa, 2013), como en la cultura o economía creativa y digital —ofertando creatividad, habilidades y competencias tecnológicas—; y en los mercados laborales informales o ilegales, en donde ofertan «riesgo».

Para García Canclini (2010) los jóvenes más que en cualquier tiempo anterior están participando en la *delimitación actual de sus pasajes al mundo adulto*, ocupando «lugares decisivos tanto en la reproducción» de la nueva sociedad, «como en la desintegración social» de la sociedad moderna (citado en González y Feixa, 2013). Cada vez más jóvenes ocupan cargos de dirección en industrias, crean empresas innovadoras en áreas estratégicas (informática, servicios digitalizados, entretenimientos audiovisuales y en las industrias creativas), o se inscriben de modos no convencionales en el mercado de trabajo (caso de los *trendsetters* o emprendedores culturales autogestivos estudiados por Urteaga 2011 y García Canclini y Urteaga, 2012). También son jóvenes los que conforman el grueso de desempleados, informales y migrantes (en el interior y hacia los Estados Unidos); así como las víctimas mortales de las violencias urbana, de la guerra contra y entre los cárteles y de la producida por el crimen organizado. Aunque no de manera exclusiva, son jóvenes los soldados y los denominados *halcones, matarifes, sicarios* del crimen.

En todas estas iniciativas el sujeto juvenil manifiesta *agencia*, acotada o constreñida sí, pero expresada en su capacidad de dotarse de recursos - desarrollando por las vías creativa e innovadora y/o violentas, estrategias para acceder a redes sociales y culturales— que competentemente moviliza a su favor.

Según Urteaga y Reguillo (2010) las preguntas de investigación recientes se trasladan hacia *la agencia juvenil*, e intentan responder «cómo y desde qué dimensiones de la vida social los jóvenes están participando (acelerando, retrasando, negociando sus posiciones) en los cambios y transformaciones que



vienen acaeciendo en los últimos cuarenta años en la sociedad mexicana y global». O, «¿por dónde pasan hoy la(s) agencias juvenil(es), la elaboración y articulación de afirmaciones en torno al «yo joven», en contextos cada vez más precarizados y desinstitucionalizados?» (Citado de González y Feixa, 2013). ¿Cómo reinscriben sus biografías en contextos de incertidumbre y precarización de la vida? ¿Dónde, con quiénes y cómo dotan de sentido, reconocimiento, a sus vidas y a lo que hacen? Reguillo identifica tres instancias u opciones que posibilitan a los jóvenes «reinscribir» el «yo joven» —las estructuras y *paralegalidad* del narco y crimen organizado y las redes informales; el mercado y sus ofertas de identidad, y diversas ofertas de sentido (creencia, pertenencia y sobrevivencia).

Seleccionamos dos espacios de inscripción de sentido de los jóvenes en la actualidad a fin de revelar la mayor capacidad e iniciativa de los jóvenes para organizar sus vidas y construir nuevos pasajes a la adultez. El de la paralegalidad e informalidad se enmarca en el escenario de los «hijos de la necesidad»; el de los mercados laborales emergentes y la economía creativa, en el de «los hijos de la libertad».

4. 2. Reposicionamiento juvenil en la paralegalidad: halcones, matarifes y sicarios

Desde inicios del siglo XXI se sabía de la cada vez mayor participación de los jóvenes y, sobre todo, de menores de edad dentro de las redes del narco. Solo hasta 2011 se tuvo una idea en cifras de la cantidad de menores reclutados:

José Lorenzo Encinas Garza a través de la revista de divulgación científica y tecnológica de la Universidad Nacional Autónoma de Nuevo León y Yanko González y Carles Feixa en el libro *La construcción histórica de la juventud en América Latina bohemios, rockanrolers & revolucionarios*, realizó una investigación de la Red por los Derechos de la Infancia en México (REDIM). Calculan que por lo menos 30 mil menores han sido reclutados por las organizaciones criminales en los últimos años en áreas de actividades de la delincuencia organizada - en el tráfico de droga, venta de piratería, extorsión, redes de corrupción y asesinatos.

De igual manera, Encinas señala que las bandas del crimen organizado empezaron a reclutar niños y jóvenes para ensanchar sus dominios en las grandes ciudades, principalmente en el norte de México y estados como el de Morelos, Guerrero y otros ubicados en la Costa del Golfo de México.

Asimismo, las formas de reclutamiento son varias, unas son forzadas —secuestran o desaparecen a menores de sus lugares de origen, generalmente de pueblos y comunidades en donde sus posibilidades de escalar la pirámide social son nulas—; otras, consensuadas —las pandillas en las ciudades son semillero—. A los jóvenes y niños el narco ofrece una oportunidad para llegar a la parte de arriba de la pirámide social. El llegar a ser líderes de los cárteles y grupos se ha instalado en ese horizonte aspiracional infanto juvenil.

Encinas destaca que la investigación de la REDIM informó que los menores entre los 9 y 10 años de edad son reclutados como *informantes*; a los 12, una vez que conocen los movimientos y la estructura de las organizaciones y comprobada su lealtad, se les pone a trabajar como *vigilantes* en las casas de seguridad donde mantienen a los secuestrados, desaparecen cadáveres o fungen como «chavos gancho» para reclutar a otros menores; ya con entrenamiento previo, entre los 14 y 16 años se «gradúan» como *sicarios* o bien como encargados de una «tiendita» donde también se expende droga. En algunas entidades como Morelos y Guerrero, los menores son utilizados como matones a sueldo o bien como «matarifes» (término asignado a las personas dedicadas a matar y destazar animales en los rastros), encargados de mutilar a los enemigos. Las maneras como son reclutados varía de acuerdo a la zona del país, al igual que los sueldos y las edades. Los carteles cumplen con pagarles, para empezar ganan entre 1500 y 5000 pesos y pueden alcanzar los 12,000 pesos mensuales: «las pocas opciones a futuro y el hecho de adquirir bienes y a lo mejor ganar en un año lo que van a ganar en diez años en la *maquila*, son variables de peso para explicar su creciente vinculación a los grupos de delincuencia organizada».

También son parte del ejército de «jóvenes operadores» de las organizaciones criminales que controlan el negocio de la venta callejera de discos, películas, videojuegos, perfumes, ropa y otras mercancías piratas. Se desenvuelven en la venta y tráfico de drogas,

en el contrabando de pollo, autopartes, aparatos electrónicos, tráfico de indocumentados y robo de autos, participando en los cobros de piso, extorsiones, pago a mandos policiales e intimidaciones a vendedores que se resisten a comprar la mercancía pirata o bien a integrarse a formar parte de sus redes delictivas.

Pérez Islas identifica dos características en estas actividades: *el riesgo*, que es lo que en sentido estricto da valor al trabajo, conforme éste aumenta la ganancia es mayor. Quien arriesgue la vida o libertad, mejores ganancias obtendrá. Y, que este tipo de actividades requiera de una «organización» de respaldo pues de lo contrario se fracasará. Éstas protegen, autorizan, sancionan y castigan a sus asociados o miembros en la red, lo que se traduce en una «pertenencia» instrumental, con un *ethos* solidario particular. Se pueden obtener grandes ganancias en corto tiempo, lo que se traduce en reconocimiento social, prestigio y, en ciertos casos, fama (Pérez Islas, 2010, pp. 82-83).

En su estudio sobre las redes de narcomenudeo en la Ciudad de México, es recuperada la Delegación Iztapalapa —zona con graves índices de marginalidad— Carlos Zamudio (2012, pp. 19-20) observa el importante papel que juegan redes sociales como la familia, los pares, el barrio y la seguridad pública, en fomentar la expansión y la mayor continuidad del narcomenudeo. Éstas propician que jóvenes consumidores de drogas ilícitas de una zona marginal se conviertan en distribuidores aprovechándose de la necesidad orgánica que ciertas drogas producen en los cuerpos. Distribuir para estas redes permite pagar lo que consumen, obtener una ganancia económica y cierto reconocimiento social como «persona de cuidado» en el medio marginal, y como «el bueno» en los ámbitos de venta porque tienen en su poder lo que otros no: la sustancia deseada.

Altos sueldos, reconocimiento y empoderamiento juvenil son insuficientes para explicar el involucramiento de los jóvenes en las actividades del crimen organizado. La noción de *paralegalidad*, como «orden paralelo con sus propios recursos, códigos, normas y rituales» (Reguillo, 2017), que se aplica tanto a la estructura crimen/narco como a las redes informales, posibilita una explicación más comprensiva. Estas redes *procuran* trabajo, contactos sociales, atención de necesidades básicas y, simultáneamente, *estructuran* la vida de estos niños jóvenes (aprendizaje práctico de la solidaridad, lealtad, jerarquías) y *llenen el va-*

cío por la ausencia de sentido de la vida pública, realizando la tríada «bienestar - sentido - pertenencia», donde «bienestar» incorpora la «supervivencia» que «adquiere connotaciones que desbordan los márgenes restringidos de lo material» (Reguillo, Op. cit.; y García Canclini, Op. cit.). La participación de los jóvenes en el narcomundo se debe a una *estrategia de supervivencia* como dispositivo de poder, de solvencia, de control. La *supervivencia* apunta a la relación de los sujetos con *el porvenir*, el cual aparece como una interrogante permanente y pertinente en situaciones en las que los factores de incertidumbre se multiplican (Abelès, 2012, pp. 189-190). Las situaciones que viven estos jóvenes remiten a la precariedad y a la incertidumbre extrema, el consumo y las actividades en el tráfico de drogas (con redes y ámbitos paralegales) brindan respuestas a *cómo estos jóvenes conjuran la incertidumbre*.

4. 3. Reposicionamiento juvenil en los mercados laborales emergentes: *trendsetters* y emprendedores culturales²

Entre los espacios socioculturales que propician un nuevo posicionamiento de los jóvenes en las sociedades actuales está la «economía cultural» (García Canclini y Piedras, 2006) o «economía creativa» (Florida, 2002), cuya constitución en el mercado global es producto de la reconfiguración de zonas para la industria de bienes y servicios, objetos y productos culturales (García Canclini y Urteaga, 2012). Ella demanda la reconversión digital de empresas y agentes de la producción cultural (producción artística, diseño gráfico, editorial, música, etc). Exige cierto tipo de ocupaciones con una nueva cultura de

2 Los *trendsetters* son jóvenes «posicionados en la tendencia» de estilos de vida por venir (Urteaga, 2011 y 2012), es una categoría que ilumina ciertas prácticas instauradoras e innovadoras de consumo en los jóvenes. Los *emprendedores culturales* (Rowan, 2010) emergen en el marco de una «economía cultural» o «economía creativa» o «nuevo capitalismo cultural» (McRobbie, 2009). Son profesionales que entienden las estructuras del mercado y tienen un fuerte dominio sobre el ámbito cultural. Suelen ser movilizados por el ánimo emprendedor, independiente y creativo, no siempre persiguen el lucro como objetivo en sí mismo y muchas veces se impone la cultura del prestigio y del reconocimiento (entre sus pares o por otros) en su accionar. Los resultados que se vierten en este apartado son parte de la investigación *Estrategias creativas y redes culturales de los jóvenes*, en las ciudades de México y Madrid y fue coordinada por N. García Canclini, M. Urteaga y F. Cruces entre 2010 y 2012.



trabajo y «competencias sociales y digitales múltiples. Emergen nuevas ocupaciones y profesiones (animación y arte digital, emprendimiento y cultura social) y las antiguas se reconvierten de manera digital (...) (Canclini, Cruces y Urteaga, 2012, p.113). El dinamismo de esta economía está siendo impulsado por jóvenes, quienes ocupan los nuevos nichos que este mercado laboral oferta y hacen de esta economía una instancia de inscripción y afirmación del «yo joven» debido al peso fundamental que ella tiene en la realización de tres ejes fundamentales: bienestar, sentido y pertenencia, en sus experiencias cotidianas.

A partir de ello Canclini, Cruces y Urteaga (2012) afirman que son jóvenes altamente educados (educación superior, incluso posgrados); estudian carreras de arte, humanidades (literatura), comunicación, arquitectura, diseño (de varios tipos, incluido el digital), ingenierías (musical, programación, etc.), en universidades particulares y públicas. Estudian especializaciones técnicas y toman *cursos extracurriculares* que les sirvan en el desarrollo de sus proyectos creativos (joyería, fotografía, gestoría, emprendeduría, contabilidad, programas de software especializados, etc.) y pagan por ello (p. 28). Aprenden oficios en el trabajo y de manera extracurricular, como el de editor, músico, curador, ingeniero de sonido, etcétera. Son básicamente clase medieros urbanos. Sus entornos familiares son importantes en el logro de sus carreras y en la persecución de sus sueños. La familia sigue apoyándolos económicamente y, en su socialización, juegan un papel fundamental en su formación y motivación extracurricular. Son los padres quienes los introdujeron en el arte, la investigación, la historia, las redes sociales, etc.; son las familias ejemplos prácticos de emprendeduría, hacerse o inventarse un trabajo es parte de su formación. De ahí que sean proactivos.

Estudian y trabajan simultáneamente. Trabajan de manera independiente y bajo nuevas formas organizativas, «por proyecto», aunque estén de manera simultánea en varios proyectos se emplean a tiempo parcial para financiar sus proyectos. Poseen habilidades y competencias tecnológicas superiores al promedio de la población; están conectados casi, si no, todo el día y trabajan en red con otros; son exploradores digitales (internautas), investigan para sus proyectos y son creadores de contenidos. A través de las redes sociales y otras redes (cara a cara) consiguen empleos,

construyen proyectos con otros con los que comparten intereses similares o aplican para becas, estancias en el extranjero - sin importar el tipo de financiamiento; concursan en línea para hacer aplicaciones de videojuegos, diseños, revistas, publicidad, desarrollo de software, etc., convocados por corporaciones transnacionales como Apple, Microsoft, Telmex y otras «caza talentos». Si ganan, reciben currículum y prestigio entre sus redes.

En sus trayectorias, la socialidad con sus pares, ocupa un lugar privilegiado, es fuente de afecto, afirmación y reconocimiento, confianza y de materialización de los primeros proyectos creativos. El *espacio social juvenil* (Urteaga, 2012) y el espacio social del entorno cultural en donde están involucrados (artes, creativos, cine, música alternativa independiente, fotografía, diseño, arquitectura de interiores, joyería, teatro, etc.) son uno solo, allí rigen más los valores subculturales juveniles o de la bohemia artística: distinción, prestigio y el reconocimiento de su generación. Sus valores se encarnan en figuras de prestigio y son los de joven activo(a), con *fachadas* ³ trendys, pero no subculturales, involucrado(a) en muchos proyectos con varias redes de amigos(as), el dinero es importante pero no es la motivación principal para pertenecer o hacer y ser. El capital vínculo o capital social que puede obtenerse a través de estar en los eventos e inauguraciones de exposiciones, obras de teatro, plásticas y cine, y exponerse es muy importante en el limbo entre tiempo de trabajo y tiempo de ocio en el que viven.

La otra cara de este nuevo espacio cultural productivo, es la *precariedad* en la que viven y trabajan. Falta de seguridad social y de mínimos de ingreso que obstaculizan su salida del hogar familiar, entre otras cosas. Precariedad que se revela en carecer de un salario fijo, prestaciones sociales, multifuncionalidad en las labores y/o actividades que realizan, no poner límites horarios a su trabajo, pues borran los linderos entre trabajo y ocio cuando tiempo libre y redes amicales son convertidos en capital social o vínculo para engancharse en otros proyectos. Muchos viven para trabajar, aunque digan lo contrario. La empleabilidad *full time* (trabajan 7d x 24 h) debido a la combinación de empleos fugaces y puntuales con trabajo por proyectos para otros y así mantener y/o emprender

3 Vestimenta, moda, look.

sus propios proyectos. Los actores, sin embargo no se perciben en la precariedad, reivindican la «pasión por emprender» (Urteaga 2011), una suerte de necesidad imperiosa de estar en muchos lados a la vez, de jalar con y entre redes sociales que convierten en recursos que movilizan para seguir fluyendo y «no tienen un peso», pero sí un alto grado de prestigio entre sus pares y entre las personalidades de los campos o entornos donde están involucrados. Los emprendedores culturales se perciben como el «hombre conexionalista» o *networker*, liberados de la vigilancia y la alienación paralizante para convertirse en gestor de su propia actividad autogratificante al traducirse en puntos de intercambio valioso ya sea económico, de prestigio o de éxito (Holmes, 2001). Calificativos que contrastan con el horario de oficina de ocho o más horas en una oficina que lleva a los actores a la mediocridad y al aburrimiento y que rechazan.

Jóvenes produciendo cultura en red(es) es resultado de las complejas articulaciones entre discursos y prácticas de ámbitos muy diversos de la experiencia juvenil cotidiana como los escolares, empresariales, artístico creativos, institucionales, laborales, familiares, las industrias creativas y sus espacios de sociabilidad. Están inducidos también por la *precariedad* de los trabajos efímeros que consiguen, las exigencias laborales de ser autoempleables y estar disponibles todo el tiempo, la necesidad de completar los ingresos como artistas, editores y músicos independientes. Si bien las redes digitales facilitan su versatilidad —entre diversos oficios, formas de colaboración, y aún lenguas y países—, ésta es un requisito demandado por la flexibilización de los mercados y la incertidumbre acerca del futuro de los trabajos. Tener varios perfiles profesionales y aprender a trabajar con especialistas en otros campos son necesidades del entorno sociocultural.

5. Recapitulaciones a modo de conclusiones

Décadas de precarización de la fuerza de trabajo, de caída del valor trabajo y del valor educación, de pérdida de los servicios sociales entre amplios segmentos poblacionales, así como de exclusión de amplios sectores juveniles a los que el modelo neoliberal considera no redituable incorporar explicarían, aunque sólo en parte, «el pasaje de muchos jóvenes a otras for-

mas de asociación que pueden ser las bandas, pueden ser las actividades creativas y pueden ser las mafias» (Urteaga, 2017). Desde nuestra perspectiva, también formaría parte de estas explicaciones la percepción de los jóvenes de diferentes sectores sociales, quienes dicen que si la sociedad es así, es mejor organizar sus vidas en forma distinta trazando carreras personalizadas, construyendo solidaridades generacionales y/o formando o ingresando a grupos con los que pueden autogestionar sus vidas. Es innegable que uno de los rasgos compartidos de la generación actual es la mayor iniciativa y capacidad de organizar sus vidas —a veces de forma distinta e independiente de lo que es hegemónico en la sociedad—.

Si se parte de la idea sobre la edad vista como principio universal de organización social a considerarse como construcción sociocultural, además de perspectivas como la de P. Bourdieu cuando alude a la edad como marcaje social aplicado en grupos de competencia, el estudio de la edad, como se observa, no es reciente en las ciencias sociales.

El texto muestra la imposibilidad de seguir manteniendo las concepciones sobre «la juventud» erigidas como científicas en el siglo xx porque no dan cuenta de las complejas realidades juveniles contemporáneas ni de las modalidades de agenciamiento del sujeto joven. En ese sentido, no coincidimos con aquellas interpretaciones que ante las circunstancias actuales advierten la imposibilidad de los jóvenes actuales de «alcanzar la vida adulta» o dictaminan el «fin de la juventud», porque ambas defienden terca-mente «un deber ser joven» construido en el siglo xx. Abogamos por seguir reflexionando en torno a lo que consideramos social y académicamente «joven» desde la investigación hacia y con jóvenes situados en contextos y situaciones complejas y heterogéneas.

El análisis de la etnografía actual sobre la edad, anima a puntualizarla como una dimensión que estructura la práctica social. Lo cual, implica un cambio teórico para repensar la edad no como un atributo de los sujetos, sino como una organización de prácticas que funcionan a través de distintos décticos (nacionalidad, género, clase, etc.) que dependen de contextos disímiles y difíciles de prever. Se refiere a una dimensión etaria que articula posiciones dentro de marcos en donde convergen trayectorias laborales, procesos de conformación de sociedades de múltiples índoles, procesos políticos, experiencias migratorias,

entre otros. En estos momentos de grandes cambios y movilidad de los sujetos juveniles no es útil teorizar *a priori* sobre lo que es o no la juventud o las juventudes, sino promover abordajes etnográficos que se centren en el modo en que son producidas y puestas en juego las categorías que definen la edad (juventud, vejez, niñez, adultez, etc.).

En un nivel más alto de abstracción, consideramos que tratar las articulaciones de los clivajes entramados a la edad permite el abordaje a un sujeto joven emergente —diferente en su concepción del sujeto del siglo xx— aportando de manera fundamental a la *desontologización de lo joven*, esto es, al desplazamiento de la pregunta *qué es un joven a cuándo se es joven y bajo qué circunstancias* o cómo y cuándo los sujetos articulan sus prácticas alrededor de la dimensión etaria. A la vez, este desplazamiento conceptual nos abre la posibilidad de entrar en los *regímenes de verdad* de la categoría juventud, es decir, cuándo, cómo y por qué una sociedad convencionada que ciertas prácticas pueden o deben considerarse «juveniles».

Bibliografía

- ABELÈS, Marc (2012). *Antropología de la globalización*. Ediciones del Sol, Argentina.
- BECK, U. 1999. *Hijos de la libertad*. FCE, Buenos Aires.
- BENEDICT, Ruth ([1935] 2008). «Continuidades y discontinuidades en el condicionamiento cultural», José Antonio Pérez Islas, Mónica Valdez y M. Herlinda Suárez (Coords.) *Teorías sobre la juventud. La mirada de los clásicos*: 35- 45, Porrúa – UNAM, México.
- BOURDIEU, Pierre (1990). *Sociología y cultura*. Grijalbo, Conaculta, México.
- BUCHOLTZ, Mary (2002). *Youth and cultural practice*, en *Annual Review of Anthropology*, N° 31: 525-552.
- CAPUTO, Virginia (1995). «Anthropology's silent 'others'. A consideration of some conceptual and methodological issues for the study of youth and children's cultures», Vered Amit-Talai y Helena Wulff (Eds.), *Youth cultures. A cross – cultural perspective*: 19-42, Routledge, London.
- CRUZ SANTACRUZ, Rebeca (2005). «La significación socio cultural del concepto de adolescencia. Aproximaciones a su estudio». Tesis de Maestría en Antropología Social, IIA - UNAM, México.
- DURHAM, Deborah (2000). «Youth and the Social Imagination in Africa: Introduction to Parts 1 and 2», en *Anthropological Quarterly*, V. 73, N° 3: 113-120, The George Washington University Institute for Ethnographic Research, Estados Unidos de América.
- ENCINAS, Lorenzo (2016) «Jóvenes sicarios. La generación desechable: vivir rápido y morir joven», revista de divulgación científica y tecnológica de la Universidad Autónoma de Nuevo León. No. 80.
- ERIKSON, Erik (1974). *Identidad, cultura y crisis*. Paidós, Buenos Aires.
- FEIXA, Carles (1998). *El reloj de arena. Culturas juveniles en México*. SEP- Causa Joven, México.
- FLORIDA, Richard (2002). *The rise of the Creative Class... and how it's transforming work, leisure, community, & everyday life*. Basic Books, New York.
- FOUCAULT, M (1976). *Vigilar y Castigar. Nacimiento de la prisión*. Siglo XXI Editores, México.
- GARCÍA CANCLINI, Néstor (2010). «Epílogo. La sociedad mexicana vista desde los jóvenes». En Rossana Reguillo (coord.), *Los jóvenes en México*, México: CFE, CNCA, 430-444.
- GARCÍA CANCLINI, Néstor y Ernesto PIEDRAS (2006). *Las industrias culturales y el desarrollo en México*. Siglo XXI, México.
- GARCÍA CANCLINI, Néstor y Maritza URTEAGA (Coords.) (2012). *Cultura y desarrollo. Una visión crítica desde los jóvenes*. Paidós y UAM, Buenos Aires.
- GARCÍA CANCLINI, Néstor y Maritza URTEAGA (Coords.) (2012). *Cultura y desarrollo. Una visión crítica desde los jóvenes*. Paidós y UAM, Buenos Aires.
- GONZALEZ, Janko, CRUCES, FRANCISCO y URTEAGA, Maritza.. (2012). *Jóvenes, culturas urbanas y redes digitales*. Ariel. Barcelona, España.
- HALL, Stanley ([1904]1915). *Adolescence: Its Psychology, and its Relations to Physiology, Anthropology, Sociology, Sex, Crime, Religion and Education*. 2 vols., Appleton, New York.
- HOLMES, Brian (2001). *La personalidad flexible*. Disponible en <http://eicpc.net/transversal/1106/holmes/es> Recuperado: 16/07/2017.
- INSTITUTO MEXICANO DE LA JUVENTUD (2002). *Jóvenes Mexicanos del siglo XXI. Encuesta Nacional de Juventud 2000*. IMJ-CIEJ, México.
- INSTITUTO MEXICANO DE LA JUVENTUD (2006). *Jóvenes Mexicanos. Encuesta Nacional de Juventud 2005*. IMJ-CIEJ, México.

- KRAUSKOPF, Dina (2015). *Los marcadores de juventud: la complejidad de las edades*. Última Decada, Valparaíso, Chile.
- LUTTE, Gerard (1992). *Liberar la adolescencia*. Herder, Barcelona.
- MARTÍN BARBERO, Jesús (1998). «Jóvenes: des-orden cultural y palimpsestos de identidad», Humberto J. Cubides, María Cristina Laverde y Carlos E. Valderrama H. (Eds.) *Viviendo a toda. Jóvenes, territorios culturales y nuevas sensibilidades*: 22-37, Fundación Universidad Central – DIUC y Siglo del Hombre Eds., Bogotá.
- MCRROBBIE, Angela (2009). «Industria cultural», Antonio Machado y otros *Ideas recibidas: un vocabulario para la cultura artística contemporánea*: 154-170, MACBA, Barcelona.
- MEAD, Margaret ([1928]1979) *Adolescencia, sexo y cultura en Samoa*, Laia, Barcelona.
- NATERAS, Alfredo (1998) «De instituciones, drogas y jóvenes», Gabriel Medina (Comp.), *Aproximaciones a la diversidad juvenil*: 119-142, El Colegio de México, México.
- PÉREZ ISLAS, José Antonio (2010). «Las transformaciones en las edades sociales. Escuelas y mercados de trabajo», Rossana Reguillo (coord.), *Los jóvenes en México*: 52-89, FCE, CNCA, México.
- PÉREZ ISLAS, José Antonio (2008). «Juventud: un concepto en disputa», José Antonio Pérez Islas, Mónica Valdez y M. Herlinda Suárez (Coords.) *Teorías sobre la juventud. Las miradas de los clásicos*: 9-33, UNAM y Porrúa, México.
- REGUILLO, Rossana (2010). «La condición juvenil en el México contemporáneo» Rossana Reguillo (Coord.), *Los jóvenes en México*: 395-429, FCE, CNCA, México.
- REGUILLO, Rossana (2006). «Legitimidad(es) divergentes», *Jóvenes mexicanos. Encuesta Nacional de Juventud 2005* (Tomo I): 77-133, Instituto Mexicano de la Juventud, México.
- ROUSSEAU, Juan Jacobo ([1762]1978). *Emilio o la educación*. Porrúa, México.
- ROWAN, Jaron (2010). *Emprendizajes en cultura: Discursos, instituciones y contradicciones de la empresarialidad cultural*. Traficantes de sueños, Madrid. Disponible en http://www.traficantes.net/index.php/trafis/content/download/25405/241598/file/emprendizajes_en_cultura.pdf.
- URTEAGA, Maritza (2017). «Diálogos: Maritza Urteaga y Nestor García Canclini conversan sobre la juventud en las Ciencias Sociales: delincuentes, consumidores, migrantes o actores alternativos», en *Metamorfosis. Revista del Centro Reina Sofía sobre Adolescencia y Juventud*, Nº 6: 2-27, Centro Reina Sofía sobre Adolescencia y Juventud, Madrid.
- URTEAGA, Maritza (2012). «De jóvenes contemporáneos: Trendys, emprendedores y empresarios culturales», García Canclini, Nestor; Cruces, Francisco y Maritza Urteaga Castro Pozo (Coords.) *Jóvenes, culturas urbanas y redes digitales*: 25-44, Ariel, Fundación Telefónica, UNED y UAM, España.
- URTEAGA, Maritza (2011). *La construcción juvenil de la realidad. Jóvenes mexicanos contemporáneos*. Universidad Autónoma Metropolitana y Juan Pablos Editor (Serie Biblioteca de Alteridades 18), México.
- URTEAGA CASTRO POZO, Maritza (2010). «Género, clase y etnia. Los modos de ser joven», Rossana Reguillo (Coord.), *La situación de los jóvenes en México*: 15-51, FCE - CNCA, México.
- VALDEZ, Mónica (2009). «Jóvenes y datos. Panorama de la desigualdad», Maritza Urteaga (Coord.) *Juventudes, culturas, identidades y tribus juveniles en el México contemporáneo*, *Suplemento Diario de Campo*, Nº 56: 37-39, INAH, México.
- VALENZUELA A., José Manuel (2009). *El futuro ya fue. Socioantropología de l@s jóvenes en la modernidad*. El Colegio de la Frontera Norte y Juan Pablos Editor, México.
- WYN, Johanna y WHITE, Bob (1997). *Rethinking Youth*. Allen and Unwin, Australia.
- ZAMUDIO A., C. (2012). *Las redes del narcomenudeo*. CEAPAC Ediciones, México.